

# Se viene un nuevo intento de cambiar de metodología

18 de enero de 2018

El PBI es la manera más holística de medir el progreso nacional de los países. El crecimiento del PBI es la forma en que decimos si un país está mejorando, y el PBI per cápita se ha convertido en la medida definitiva del éxito de las naciones.

¿Es el PBI una medida satisfactoria del crecimiento? Si por crecimiento se entiende la expansión de la producción de bienes y servicios, entonces el PBI o preferiblemente el PIB real, que mide el crecimiento sin los efectos de la inflación, es perfectamente satisfactorio. Ha sido construido para este propósito. La letra P significa «Producto», el resultado de la producción. El Producto Bruto Interno se define como la suma de todos los bienes y servicios producidos en un país a lo largo de un espacio de tiempo. Es una medida integral, que abarca la producción de bienes y servicios de consumo, incluso servicios gubernamentales y bienes de inversión.

En este número único, se hace una idea de si la economía se está expandiendo o contrayendo. Paul Samuelson, premio Nobel y autor de muchas referencias de libros de texto, alguna vez describió el PBI como «verdaderamente uno de los grandes inventos del siglo XX, un faro que ayuda a los legisladores a orientar la economía hacia objetivos económicos clave».

Sin embargo, durante varias décadas, un número creciente de economistas han comenzado a preguntarse si el PBI es suficiente para medir el éxito nacional. Notablemente, después de la crisis financiera de 2008, algunos economistas argumentaron que el PBI era solo un limitado indicador económico a través del cual evaluar el progreso.

Vale la pena recalcar que en **Lampadia** consideramos que el crecimiento del PBI es la clave del desarrollo integral (económico y social) de un país. Si la tasa de crecimiento no es óptima, la renta de una nación, es decir su nivel de riqueza, será escaso, su inversión limitada y su capacidad de crear empleo disminuida. Por lo tanto, además, el Estado no tendrá los recursos para atender sus obligaciones. Todo esto redundando directamente en una menor reducción de la pobreza, objetivo número uno de un país emergente como el Perú.

Es obvio que medir algo tan complejo como la riqueza de un país y su capacidad de crear riqueza, es algo muy difícil. Además, para agregar complejidad, es necesario tener elementos de juicio que permitan comparar distintos países, que pueden ser muy diferentes entre sí. Otrosí, las mediciones del nivel de desarrollo comparado, deben otorgar los elementos de juicio que permitan evaluar las relaciones causa-efecto de las políticas públicas que crean riqueza y, de aquellas que destruyen riqueza.

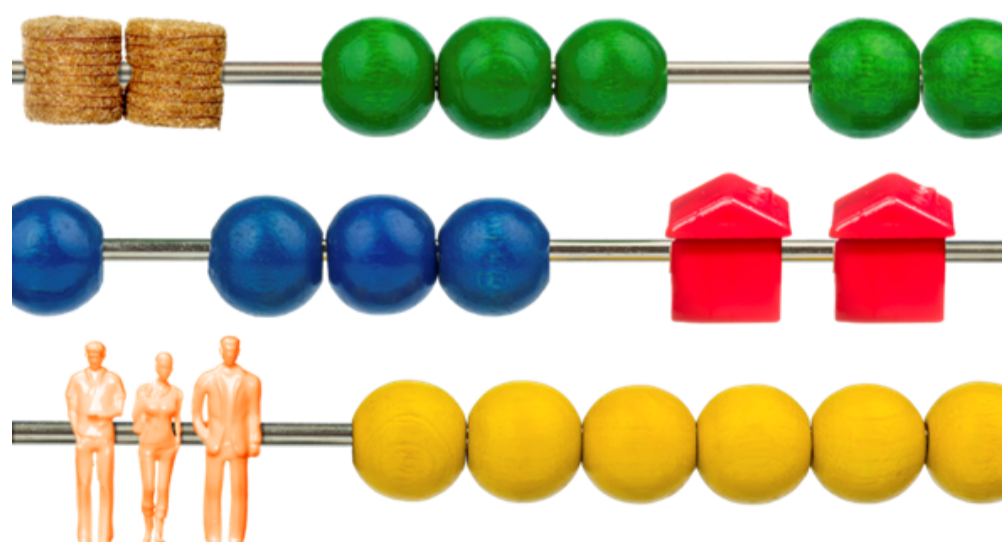
En las últimas décadas, se han creado una serie de metodologías de medición de la riqueza de los países. Por ejemplo, hace algunos años, el PNUD, sacó, con bombos y platillos el IDH (Índice de Desarrollo Humano), y lo presentó como una suerte de alternativa al PBI, y enfatizaron políticas públicas ajenas al crecimiento, sin embargo, el 33% del IDH, era el PBI. Por lo tanto, las políticas públicas no podían alejarse mucho de la búsqueda del crecimiento.

Consideramos que, aunque muchos critican al PBI, como un indicador que solo mide la riqueza/pobreza monetaria, un reciente estudio de la Universidad de Oxford demuestra que los índices que miden “la pobreza multidimensional” y el “Índice de Desarrollo Humano” reflejan lo mismo que consigue el denostado PBI. Los resultados del mencionado informe concluye que “para los hacedores de políticas [autoridades y expertos], la data también sugiere que el aumento de los ingresos se traduce en menores niveles de pobreza multidimensional. El crecimiento económico puede, entonces, no sólo ser la mejor manera de superar la pobreza extrema, sino también de reducir los aspectos no económicos, como las terribles carencias sociales” (Ver en **Lampadia**: [No nos equivoquemos sobre cómo medir la pobreza](#)).

Los países como el Perú, atrapados en su camino al desarrollo, no pueden distraer su atención en políticas públicas que muevan la aguja. O sea, que no disminuyan la pobreza y nivelen el piso de ingresos.

Sin embargo, consideramos importante y justo compartir también notas del Financial Times que intentan ampliar el espectro de cómo medir la riqueza de un país y utilizar métodos alternativos y holísticos para lograrlo. En nuestra opinión, estos índices o metodologías de medición, debieran ser complementarios al del PBI, pero no alterar la dirección principal del quehacer gubernativo. **Lampadia**

## Por qué es hora de cambiar la forma en que medimos la riqueza de las naciones



**El PBI es la medida de éxito económico más utilizada, pero ¿es engañosa?**

Por David Piling  
Financial Times  
5 de enero, 2018

Imagine a dos personas: Llámoslos Bill y Ben. Bill es un banquero de inversiones de rango medio que paga £ 500,000 al año después de impuestos.

Ben es un jardinero que se lleva a casa £ 25,000. ¿Quién está mejor?

Si los juzgamos por sus ingresos, entonces Bill es claramente más rico; 20 veces más rico, para ser precisos. ¿Pero quién es más rico? Para eso, vas a tener que saber más acerca de sus existencias de activos y sobre sus circunstancias más ampliamente.

En términos de contabilidad nacional, el salario de £ 500,000 de Bill es el equivalente al producto bruto interno. Es el "flujo" de ingresos obtenidos en un año. Pero, como sabe cualquier prestamista hipotecario, eso no le dice nada sobre su riqueza o su salario del próximo año o del año siguiente.

¿Mencioné que Bill está endeudado después de un divorcio paralizante, o que tiene un hábito caro de cocaína? Ha vendido la mayor parte de sus activos, incluida su Harley-Davidsons vintage. Lo único que le queda es una hipoteca costosa y varios pagos de su (estropeado) Porsche. A los 59 años, ha sido despedido también del trabajo. De hecho, está a punto de ser despedido cuando el banco cambia su equipo de negociación de derivados de Londres a Frankfurt.

Mientras tanto, Ben vive en la finca de £ 100 millones que heredó de su tía abuela. Los fines de semana, se divierte en su propio jardín inspirado en Versalles, pagándose un salario nominal.

Este año, antes de cumplir 21 años, planea vender la propiedad y mudarse a un piso modesto en Knightsbridge. Va a invertir los 95 millones de libras que le sobran y vivir de los intereses mientras completa sus estudios como abogado de patentes, una profesión que debería hacerle ganar un poco de dinero en efectivo en los próximos años.

Ahora, ¿quién se ve más rico? ¿Bill el banquero o Ben el jardinero?

Se dice que Michal Kalecki, el economista polaco, describió la economía como "la ciencia de confundir los stocks con los flujos". Los inversores analizan el balance de una empresa, así como sus ganancias y pérdidas. Sin embargo, cuando se trata de dimensionar una nación, la mayoría nos quedamos estancados con el PBI, que cuenta el valor de los bienes y servicios producidos en un período determinado.



Las cifras del PBI pueden ser engañosas. Eso es especialmente cierto en los países ricos en recursos. El ingreso per cápita de Arabia Saudita de alrededor de \$ 20,000 al año depende del precio y del volumen de producción de petróleo, que un día se agotará. En ese punto, a menos que los sauditas encuentren una manera de reemplazar el ingreso perdido, mediante el desarrollo de industrias de alta tecnología atendidas por personas educadas, se convertirá en Bill el banquero de las naciones.

Como dice Paul Collier, profesor de economía y política pública en la Blavatnik School of Government, es una lección difícil de extraer de las estadísticas nacionales de ingresos. Se necesitan actualizaciones periódicas del balance general de un país para "poder alertar" sobre las políticas insostenibles.

Sin embargo, no es algo sin remedio si los líderes son astutos. Gran parte de la urgencia detrás de los esfuerzos de reforma de Mohammed bin Salman, el príncipe heredero de Arabia Saudí, de 32 años, surge de una aparente determinación de diversificar la economía antes de que sea demasiado tarde.

"Las políticas que crean riqueza van más allá del aumento de la producción", dicen Kirk Hamilton y Cameron Hepburn, en su reciente libro "La riqueza de las naciones: qué es lo que se olvida, por qué importa" (National Wealth: What Is Missing, Why it Matters)". Implican hacer inversiones hoy para tener resultados en el futuro".



Durante mucho tiempo tuve algunos recelos sobre el PBI como un barómetro preciso de los niveles de vida y la sostenibilidad de la riqueza. Como joven reportero del FT en América Latina en la década de 1990, aprendí rápidamente a informar minuciosamente sobre los giros trimestrales del PIB y a dar a mis artículos un toque de distinción mediante el despliegue del PBI como denominador común. Los ingresos tributarios o los niveles de deuda o el gasto en educación se expresaban mejor como un porcentaje del PBI para facilitar las comparaciones entre países. Sin embargo, más allá de saber que el PBI era una medida de producción económica, nunca me paré a pensar exactamente cómo se calculaba o qué significaba exactamente.

Más tarde, como corresponsal en Japón, me pregunté por qué la gente parecía tan acomodada cuando el PIB nominal no se había movido durante 20 años. La deflación y el bajo crecimiento de la población fueron parte de la respuesta. Eso significaba que el ingreso real per cápita era más alto que el número nominal sugerido. Pero la calidad de los servicios y la tecnología también marcaban una diferencia en los niveles de vida. Para el PIB, una elegante tienda del departamento de Mitsukoshi era lo mismo que un Walmart, y un tren de cercanías británico apabullado de gente hacía lo mismo que un tren Shinkansen japonés que viajaba a 200 mph y llegaba con una puntualidad medida en fracciones de segundo.

Más tarde aún, en China, me maravillé año tras año de un crecimiento de dos dígitos, pero me preocupaba que nadie tomara en cuenta los costos no tan ocultos del crecimiento en aire envenenado y tierra agotada. Parecía perverso que, si China gastaba dinero limpiando su desorden, eso también contara como crecimiento, al igual que el PBI cuenta el dinero gastado para reparar el daño después de desastres naturales, ataques terroristas o las guerras. Parecía que cualquier actividad, cavar un agujero y llenarla nuevamente, lo haría. En mi trabajo más reciente, como editor de África, descubrí que los datos del PIB, a menudo tratados como sacrosantos, se usaban, por ejemplo, para determinar los niveles apropiados de endeudamiento. - no tenían prácticamente ningún sentido. Los métodos normales para compilar el PBI, que se basan en costosas encuestas de empresas y hogares, a menudo son demasiado caros para que los asuman los gobiernos sin recursos. Además, no informaban adecuadamente sobre la actividad de los sectores informales y de subsistencia masivos. Terry Ryan, presidente de la Oficina Nacional de Estadísticas de Kenia, me decía que, si los datos oficiales indicaban que el 72% de los kenianos vivía con un dólar o dos por día, esto significaría que "el 72% de mi gente estaría muerta".

En Nigeria, los pequeños cambios en la metodología implementada en 2014 revelaron que la economía era un 89 por ciento más grande de lo que se suponía, burlándose de las estimaciones anteriores. De nuevo en Kenia, un grupo de economistas contaba que podían monitorear la economía con mayor precisión que el PIB usando mediciones tomadas desde el espacio exterior. Las imágenes de satélite de las luces nocturnas mostraban que las estadísticas nacionales de ingresos no tenían en cuenta gran cantidad de actividades fuera de Nairobi, la capital.

Cuando comencé a leer más en el curso de la investigación de un libro, “El Gran engaño” (The Growth Delusion), descubrí que no estaba ni mucho menos solo en mi escepticismo. Había una gran cantidad de literatura académica, una mini industria cada vez más respetable, cuestionando la capacidad del PIB para reflejar nuestras vidas.



Un tren bala Shinkansen en Tokio © AFP

Inventado en la década de 1930 por Simon Kuznets, inicialmente como una forma de calcular los daños causados por la Gran Depresión, el PIB es un niño de la era de las manufacturas. Es bueno para realizar un seguimiento de “cosas que se puede dejar de lado”, se esfuerza por dar sentido a los servicios, desde seguros de vida y jardinería paisajística hasta una comedia en directo, que comprenden alrededor del 80 por ciento de las economías modernas. Internet es aún más desconcertante. En términos del PBI, Wikipedia, que pone la suma del conocimiento humano al alcance de la mano, no vale precisamente nada.

Tampoco tiene mucho que decir el PBI sobre la distribución del ingreso, uno de los temas de nuestra era. Kuznets advirtió con urgencia que su medida nunca debe confundirse con el bienestar. Sin embargo, tratando al PBI como el parangón de los números, hemos ignorado esta advertencia.

Entre las deficiencias del PBI, la distinción entre flujo de ingresos y el stock de riqueza, destacada en la historia de Bill y Ben, es una de las más serias.

Partha Dasgupta, profesor emérito de economía en la Universidad de Cambridge, ha estado tratando de inventar formas de medir la riqueza durante décadas. La “palabra deshonesta” en el producto interno bruto, dice, es “grave”. “Si se drena un humedal para dar paso a un centro comercial, la construcción de este último contribuye al PBI, pero la destrucción del primero no se registra”.



Cuando fui a ver a Dasgupta, ahora de alrededor de setenta años, en sus habitaciones en St John’s College, comenzó con la intrincada interacción entre riqueza e ingresos. Uno podría pensar en términos de planificación de vida, dijo. Una familia puede usar el ingreso para comprar un activo, digamos una casa, o puede intercambiar un activo para pagar una educación, que, a su vez, podría convertirse luego en un ingreso más alto. Con cualquier entidad, una familia, una empresa o una nación, la riqueza es “lo que le permite planificar”, dijo, “convirtiendo una forma de capital en otra”. Con las naciones, algunas formas de capital son más fáciles de contar que otras. El llamado capital manufacturado comprende inversiones en carreteras, puertos y ciudades. Es relativamente fácil de valorar y muchos países mantienen inventarios de stock de capital. El capital humano es el tamaño y la habilidad de una fuerza de trabajo. El capital natural incluye energías no renovables, como el petróleo y el carbón, y las energías renovables, que van desde tierras de cultivo hasta complejos ecosistemas que proporcionan agua, oxígeno y nutrientes.

Puede parecer absurdo intentar valorar algunos de estos activos. En 1997, el economista ambiental Robert Costanza causó revuelo con su estimación de que el capital natural del planeta - “naturaleza” para usted y para mí - valía \$ 33 billones. Sus sumas, publicadas en la revista científica Nature, fueron ridiculizadas tanto por economistas convencionales, que pensaban que el ejercicio no era científico, como por ecologistas, que se oponían a la idea de colgar una etiqueta en un océano o una selva. Costanza descubrió, por ejemplo, que los lagos y ríos “valían” \$ 1.7bn, mientras que el ciclo de nutrientes, un “servicio ecosistémico”, proporcionaba \$ 4.9 billones de beneficios para la humanidad.

Llamar a sus cálculos “la parte de atrás del sobre” sería difamar a los sobres. Sin embargo, cuando se cuestionó su metodología, respondió: “No creemos que exista una forma correcta de valorar los servicios ecosistémicos. Pero hay un camino equivocado, y es no hacer todo esto”.



**De izquierda a derecha: Christine Lagarde, el príncipe heredero saudita Mohammed bin Salman y Masayoshi Son. Reuters.**

Algunos economistas ven con sospecha cualquier intento de dar cuenta del agotamiento natural. Cuando le pregunté a Lawrence Summers al respecto, él denunció lo que vio como un intento fraudulento de los ambientalistas para limitar el crecimiento. Su principal queja era que los contables de la riqueza se quejaban rápidamente cuando los recursos se habían agotado, pero tardaban en reconocer cuándo se habían aumentado.

Las nuevas tecnologías, como el fracking y la perforación en alta mar, dijo Summers, habían aumentado las reservas explotables de petróleo y gas. La videoconferencia fue un avance que permitió a las personas celebrar más reuniones internacionales y reducir las emisiones relacionadas con los viajes. Pero los contables de la riqueza, dijo, nunca fueron lo suficientemente honestos como para admitir cómo la innovación podría aportar tanto a la riqueza como le habíamos substraído. “Es toda una operación de condenación y pesimismo”, prácticamente gruñó por teléfono. “Están a favor de que todos se queden en casa”. Que todo el mundo se quede en casa y se dedique a tejer.”

Summers tiene razón en que es difícil saber cuánto vale el stock de capital actual, ya que su valor puede cambiar dependiendo de los desarrollos tecnológicos o políticos. El cobalto había sido un subproducto del cobre de interés escaso; ahora es un componente imprescindible de las baterías de automóviles eléctricos. El petróleo ha sido oro líquido y aún puede serlo de nuevo. Pero las regulaciones ambientales más estrictas algún día podrían convertirlo en un activo varado sin valor.

Más filosóficamente, es difícil poner un precio al futuro. Una de las supuestas virtudes de la contabilidad de la riqueza es que es prospectiva. Analiza las existencias actuales de capital que producirán la corriente de ingresos del mañana. El PBI, por otro lado, es retrospectivo. Simplemente calcula la suma total del aumento de la producción durante un período determinado del pasado. Así que, en teoría, la contabilidad de riqueza debería ayudar a una generación a pensar en la siguiente.



Sin embargo, en la práctica, como me dijo mi colega Martin Wolf, existen límites. Podemos amar a nuestros hijos y a sus hijos e incluso a sus hijos por nacer. Pero, ¿qué hay de los niños que van a existir después de ellos y los de después de ellos? “La cuestión de la sostenibilidad en parte significa: ¿a quién le importa el futuro?”, Dijo. A largo plazo, “todos seremos sopa de energía cero”.

Dejando de lado consideraciones prácticas y filosóficas, ahora existe un verdadero impulso detrás de la contabilidad de la riqueza, incluso entre las instituciones más ortodoxas. Este mes, el Banco Mundial dará a conocer el intento más completo hasta la fecha para resolver el problema.

**La Cambiante Riqueza de las Naciones 2018** es el fruto de años de trabajo de un equipo dedicado a ello. Se basa en investigaciones publicadas en 2006 y 2011. En su última versión, el banco produce cuentas de riqueza integrales para 141 países entre 1995 y 2014. Para cada país, hay estimaciones del capital “producido”, incluidas las tierras urbanas, la maquinaria y la infraestructura. El capital natural incluye los valores de mercado para los activos del subsuelo, como el petróleo y el cobre, tierras cultivables, bosques y estimaciones de la conservación de áreas protegidas, que están valoradas como lo están las tierras de cultivo.

Por primera vez, el banco hace un intento explícito de medir el capital humano. Utilizando una base de datos de 1,500 encuestas de hogares, estima el valor actual de las ganancias proyectadas de por vida de casi toda la población del planeta. “Estamos mirando el PBI como un rendimiento de la riqueza”, dice Glenn-Marie Lange, co-editor del informe y líder del equipo de contabilidad patrimonial del banco. “Los responsables políticos necesitan esta información para diseñar estrategias que garanticen que su crecimiento del PBI se mantenga largo plazo”.

Entre los hallazgos del informe, cuyos detalles completos están embargados, se encuentra un gran cambio de riqueza en 20 años hacia los países de ingresos medianos, impulsados en gran medida por el ascenso de China y otros países asiáticos. Sin embargo, un tercio de los países de bajos ingresos, especialmente en África, ha sufrido una caída absoluta de la riqueza per cápita durante ese período, en lo que podría ser un presagio peligroso sobre su capacidad de crecimiento futuro. En el mundo en su conjunto, según el informe, el capital humano representa un enorme 65 por ciento de la riqueza total. En 2014, este fue de \$ 1,143 billones, o alrededor de 15 veces el PBI de ese año.



El informe es particularmente esclarecedor en trazo del camino hacia el desarrollo, ya que los países, en la forma descrita por Dasgupta, comercian de una forma de capital a otra. En pocas palabras, utilizan los ingresos derivados de los recursos naturales para acumular otras formas de capital,

principalmente en infraestructuras, tecnología, salud y educación. Así, mientras el capital natural representa el 47 por ciento de la riqueza de los países con bajos ingresos, representa solo el 3 por ciento de la riqueza de los más avanzados.

La lección, dice Collier de la escuela Blavatnik y autor de "The Bottom Billion", un libro sobre las economías en quiebra, es que las escaladas del PIB no te dicen nada si no sabes nada sobre la riqueza subyacente. **En África, países como Nigeria han convertido los recursos en booms de consumo, pero han fracasado en gran medida en construir las infraestructuras o en invertir en la población saludable y educada que sostendrá el crecimiento futuro.**

Gran parte de África, dice Collier, se ha "desenterrado a sí misma y se ha derribado a sí misma, pero no ha construido lo suficiente en su lugar". No es crecimiento sostenible. Es una ficción de los datos de flujo ". Es una lección que Bill, el banquero endeudado con perspectivas de futuro limitado, habría hecho bien en tomar en serio. [Lampadia](#)